

Cartas desde
la revolución
bolchevique

JACQUES SADOUL

T

TURNER NOEMA





Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Título:

Cartas desde la revolución bolchevique. Jacques Sadoul

Traducido del facsímil de la edición original:

Notes sur la révolution bolchévique, Éditions de la Si-rène, octubre de 1919

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2016

© De la traducción del francés: Inés Bértolo y Constantino Bértolo, 2016

© Edición, prólogo y notas: Inés Bértolo y Constantino Bértolo, 2016

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16714-80-3

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Diseño Turner

Depósito Legal: M-34105-2016

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Prólogo

Las cartas de Jacques Sadoul, por Henri Barbusse

Cartas de Jacques Sadoul a Romain Rolland

Carta de Albert Thomas a Jacques Sadoul

Cartas desde la revolución bolchevique, por Jacques Sadoul

Bibliografía

Notas

PRÓLOGO, por Constantino Bértolo

El destino es el encuentro
del individuo con su clase.

LUCIANO LAMBERTI

I. UNA INTIMIDAD POLÍTICA

Este es un libro extraño. Es lo que parece ser: un conjunto de cartas que cuentan y dan cuenta, con enorme atractivo e inteligencia, de la correspondencia, entre oficiosa y personal, de un capitán del ejército francés, Jacques Sadoul, destinado en Petrogrado durante aquellos días del otoño de 1917 que, en palabras de John Reed, "conmovieron el mundo"; aquellos días, semanas y meses en los que la revolución bolchevique irrumpió luminosa y violentamente en la historia de la humanidad.

Sobre su condición de libro indispensable para entender muchas de las claves de la revolución soviética, no cabe sino señalar que frente a una inmensa cantidad de publicaciones que informan, juzgan e interpretan, desde fuera, lo que sucedió, las notas de Sadoul, informan, juzgan e interpretan, desde dentro, lo que está sucediendo. Los escritos de Sadoul no son Historia, están escritos por la Historia.

A los lectores y lectoras de hoy, invadidos por el conocimiento de lo que en la Rusia de 1917 tuvo lugar, acaso nos resulte inesperada y sorprendente la alta capacidad de comprensión con que Sadoul pondera e interpreta el valor histórico del asalto de los bolcheviques al poder o la agudeza con que reconoce la personalidad y alcance de figuras como Lenin y Trostki antes de que la Historia, a agua pasada, les otorgara esa dimensión histórica. Desde una posición más propia de procurador que de notario –en tanto que ha sido enviado a Rusia para “procurar” el cumplimiento de una misión gubernamental para la que ha sido designado–, Sadoul asiste y hace ver las realidades que se esconden detrás de ese paradigma, la toma del poder, con que damos por sentado nuestro conocimiento. Sadoul, para el que la toma del poder no es una frase sino la constatación cotidiana del machadiano “lo que sucede en la calle”, es testigo y juez de los trabajos y los días de aquella revolución que desde el primer momento ha de hacer frente a las estrategias de acoso y derribo que sus enemigos, declarados o ladinos, emprenden contra ella y sus dirigentes: sabotajes, presiones chantajistas, hostilidad, deslealtad, atentados terroristas, intervenciones militares... En ese sentido los textos de Sadoul, que se nombra a sí mismo como testigo atento, imparcial y estupefacto, funcionan a modo de un mecanismo semántico escrito con la “naturalidad” de lo audiovisual, de lo que simplemente “se deja ver y oír” aun cuando esa voz y esa mirada no escondan desde qué posición moral e ideológica ve y oye.

Pero este libro es también, como trataremos de mostrar, algo más inesperado y sorprendente: la historia de cómo una “intimidad política” se hace carne, relato, tragedia, acontecimiento. Un oxímoron, “intimidad política”, de naturaleza hoy altamente excepcional pues vivimos en tiempos, hegemonías y culturas en los que ambos conceptos se cifran y acuerdan no solo como contrarios sino como radicalmente incompatibles, como líneas divergentes que se

distancian por mutua exclusión o repulsa. Dada la excepcionalidad *contra cultura* que tal convivencia presupone, entendemos que la mejor forma de abordar la presentación de este libro será recurrir a la clásica lección aristotélica y tratar de responder a las dos cuestiones que el padre de la *Poética* ve conveniente atender a la hora de aprehender y comentar el ser y estar de las obras del humano quehacer que se edifican con palabras: a qué familia pertenecen y cuál sería, si la hubiere, su diferencia específica, su rasgo pertinente.

Ubicar la familia o género, entendido el término en su sentido más amplio, de este libro no parece acarrear especial dificultad: estamos ante un epistolario o recopilación de cartas que, con algunas excepciones cuya oportunidad editorial y política comentaremos más adelante, recogen las impresiones que el capitán Jacques Sadoul, desde octubre-noviembre de 1917 hasta mayo de 1918,¹ dirige, como destinatario primero y principal, aunque no único, a su amigo y correligionario el diputado socialista Albert Thomas quien, al cesar como ministro de Armamento en el gobierno de Aristide Briand, habría propiciado su inclusión en una de las misiones militares enviadas a la antigua San Petersburgo luego de que la revolución de febrero hubo derribado el régimen zarista para dar paso a un gobierno provisional que, por la fecha de la llegada del capitán Sadoul a Rusia, encabezaba el social-revolucionario Kérenski en un entorno político internacional sobre el que habrá que detenerse. Como bien escribe Henri Barbusse² en el texto que abre la edición original:

Las páginas que van a leer constituyen la serie de cartas que Jacques Sadoul envió a Albert Thomas, a petición de este y del Sr. Loucheur.³ Estos informes sobre los acontecimientos no eran el objeto de su misión: el capitán Sadoul desempeñaba, en el cuerpo de oficiales enviado a Rusia, un papel técnico. Solo a título privado, amistoso, tal y co-

mo específica, mantuvo correspondencia con el propio Albert Thomas.

Se constata así que la obra se encuadra dentro de un círculo de obras conformado por aquellos textos, literarios en mayor o menor grado, que recogen, documentan, evocan o utilizan correspondencias que tienen su espacio, ocasión y marco en el agitado mundo de la diplomacia con sus embajadas, agregadurías, secretos, valijas y comunicaciones reservadas. Compartiría así el libro de Sadoul un hogar literario donde encuentran hospitalidad y etiqueta semejante obras tan señaladas en nuestra tradición literaria como las *Cartas finlandesas* de Ángel Ganivet o las *Cartas desde Rusia* de Juan Valera, si bien su contenido de guerra y revolución lo acercaría a una rama familiar más bélica y próxima a *Diario de un testigo de la guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón, *La revolución bolchevista (diario de un testigo)*, de Sofía Casanova o, ya en otras tradiciones literarias, a *Mi guerra civil española*, de George Orwell, *Diario de guerra*, de Ernst Jünger, *El fuego*, de Henri Barbusse, *Audessus de la mêlée*, de Romain Rolland, *El regreso del soldado*, de Rebecca West, *Ashenden o el agente secreto*, de W. Somerset Maugham, *Memoirs of a British Agent*, de R. H. Bruce Lockhart, o *Cartas de la guerra*, de António Lobo Antunes.

Si damos incluso una última vuelta de tuerca a este territorio de lo familiar podríamos señalar su obvio parentesco con *El año I de la revolución rusa*, de Victor Serge, *Les groupes communistes français de Russie*, de Marcel Body, o el ya citado *Diez días que estremecieron el mundo*, de John Reed, así como su clara hermandad con dos libros, *Mon journal de Russie 1916-1918*, de Pierre Pascal y *La mission d'Eugène Petit en Russie (Le parti socialiste français face à la révolution de Février)*, de Ioannis Sinanoglou, Marguerite Aymard y Dominique Négrel, debido a que tanto Petit como Pascal fueron, como nuestro capitán, enviados a

Rusia por un mismo impulsor, Albert Thomas, y con una misma intención: obtener información directa y privilegiada sobre los acontecimientos que la revolución de febrero había puesto en marcha en 1917.

Delimitar la “diferencia específica”, es decir, aquello que le otorga a una obra distinción y relevancia frente a obras semejantes y por tanto le concede especial valor de uso y cambio es tarea para la que, más allá de la descripción de la materia con que se construye el libro, es necesario adentrarse en los terrenos, siempre arriesgados, propios de la interpretación. Pero ya la propia enumeración de títulos arriba mencionados parece avisarnos de que en este libro coexisten muy distintas resonancias y registros que si bien le permiten entrar en conexión a través de vías muy diversas –las cartas, la guerra, la crónica, el secreto, la revolución, el diario–, con una variedad de formas retóricas que abarcan desde el documento de corte notarial hasta el imaginar propio de las novelas de espías, al tiempo le conceden capacidad y cualidad para construirse fuera de esas etiquetas como una historia que, más allá de su genética familiar, acaba sobresaliendo del conjunto.

2. PROTAGONISTAS

Lo primero que llama la atención es el hecho de que si el formato con que el libro se construye, las cartas, parece corresponder al espacio de lo subjetivo y personal, el que tengan su origen en un encargo no deja de provocar una tensión estructural entre esa subjetividad del registro epistolar y el apartamiento o destierro del yo que el encargo implica, por nacido de una voluntad ajena. De esta tensión dialéctica es muy consciente el autor y aflora de manera expresa en la correspondencia: “Encierro mis sentimientos personales, reservándome el manifestarlos en tiempo útil. Mi misión es informar”. Sin embargo, su tarea como testigo

imparcial y documentalista objetivo de los acontecimientos se ve, comprobamos según vamos leyendo, perturbada por las relaciones ideológicas que mantiene con esos hechos y situaciones de los que levanta acta notarial; y esa perturbación, que intenta controlar, será la causa y origen que acaba por introducir en el relato un desgarramiento ideológico que transfiere a su lectura una tonalidad muy próxima, *avant la lettre*, a la angustia existencialista que va a hacerse presente más tarde en la literatura francesa de la posguerra: "Socialista, aquí quiero olvidarme de mi socialismo, dejarlo fuera del texto y no utilizar más que los argumentos que deben imponerse a todas las mentes imparciales", "Pero, ¿en qué peligroso terreno me voy a meter? ¿Me estaría olvidando por una vez de olvidarme de que soy socialista?", "Yo, estoy desesperado".

Para evaluar el alcance de esa perturbación a la que se ve sometida "la intimidación ideológica" del autor de las cartas, juzgamos necesario atender tanto a su personalidad política, su urdimbre ideológica, como a la del destinatario, Albert Thomas, auténtico impulsor, y coprotagonista en la sombra, de esta correspondencia, por cuanto sabemos que en todo acto de comunicación el perfil del destinatario es un elemento constituyente de tanta y tan especial relevancia como el del emisor.

Albert Thomas nace en junio de 1878 y es hijo de un pequeño industrial panadero interesado por lo que por entonces se conoce como la cuestión social. Destaca por sus estudios de historia y filosofía, obtiene una agregaduría en historia y geografía, realiza distintos viajes por Rusia, Grecia, Asia Menor y Turquía y publica libros sobre los orígenes del sindicalismo, sobre el colonialismo y sobre los problemas de la enseñanza. En 1904, Jean Jaurès⁴ le llama para colaborar como especialista en temas sindicales en *L'Humanité*, por entonces el periódico de los socialistas franceses, y desde 1909 dirigirá la *Revista Socialista*. Algunas fuentes

señalan su pertenencia a la masonería. Próximo al mundo obrero, da sus primeros pasos en política en 1904 como consejero municipal, para luego ser elegido diputado socialista en 1910 y 1914. Durante su permanencia en la Asamblea Nacional, destaca por el rigor y brillantez de sus intervenciones y, entre otras iniciativas, promueve la nacionalización de los ferrocarriles. Como alcalde electo de Champigny-sur-Marne lleva a cabo profundas reformas en las áreas locales relacionadas con la sanidad, los servicios públicos y la instrucción escolar y pronto sobresale entre los jóvenes cuadros del partido militando en posiciones centro-reformistas acordes con unas interpretaciones del marxismo, que recoge en su libro *La politique socialiste* (París, Marcel Rivière, 1913), asumidas a partir de sus relaciones personales e intelectuales con el "revisionista" alemán Edouard Bernstein. Bien considerado por el aparato socialista, es nombrado subsecretario de Estado en agosto de 1914, para ser ascendido en diciembre de 1916 bajo el gobierno de Aristide Briand a ministro de Armamento, puesto que desempeña con alta eficacia y entrega hasta su dimisión en septiembre de 1917. Y si ya en 1916 es enviado a Rusia para negociar con el zar la necesidad de lanzar una ofensiva a fin de debilitar el frente oeste, en abril de 1917 volverá a una Rusia agitada desde la revolución de febrero con el fin de lograr la confirmación por parte del gobierno provisional de Kérenski⁵ de la continuidad de Rusia como fuerza aliada activa en el combate contra las potencias germanas. En febrero de 1918 participa en la conferencia socialista y obrera de Londres, donde impulsa como necesaria la representación del mundo del trabajo en la futura conferencia de paz mientras prosigue defendiendo sus concepciones acerca de "una guerra para la paz" en la prensa de izquierdas. En septiembre de ese año, una vez que se firma el tratado que da final a la guerra, entra en conflicto con la nueva mayoría de un partido socialista que rechaza las polí-

ticas de la Unión Sagrada. Cuando en 1919 se crea la Organización Internacional del Trabajo, Thomas será nombrado su primer presidente.

Pero esta respetable y wikipediana semblanza, típica de un prócer socialista de la época, apenas nos dice nada acerca del significado histórico de Albert Thomas en tanto figura central y paradigmática del desgarramiento ideológico que todos los partidos de la Segunda Internacional van a sufrir al estallar la Primera Guerra Mundial, desgarramiento que a su vez va a afectar honda e inevitablemente a Jacques Sadoul. Quizá para dar cuenta de esta fractura que sacude al socialismo francés a partir de 1914 sea mejor citar algunos de los comentarios publicados con ocasión de su muerte en 1932 en el diario, por entonces bajo control comunista, *L'Humanité*.

Albert Thomas, padre del 'sindicalismo' de guerra, ha muerto en París [...] El hombre que acaba de desaparecer, del que toda la prensa burguesa celebra sus méritos, ha sido uno de los corruptores del movimiento obrero revolucionario. [...] Él fue el representante de una política: la de la colaboración de clases, disfrazada bajo 'frases de izquierdas', camuflada bajo afirmaciones, todas verbales, de 'lucha de clases' [...]. Thomas fue el hombre que, sin pausa, buscó para la burguesía los mejores medios de uncir a los proletarios al carro del capitalismo.

Para comprender la violenta discrepancia entre aquella lectura oficiosa y esta lectura comunista del personaje de Albert Thomas, esa sombra paternal que planea sobre todo el libro de Sadoul, resulta imprescindible remitirse aunque sea brevemente a la historia del socialismo francés y al papel que Thomas va a desempeñar en ella.

Desde 1905 las diferentes organizaciones socialistas francesas se habían agrupado en la SFIO, adoptando una línea marxista e internacionalista que cobra fuerza bajo el impulso integrador de Jean Jaurès y alcanza en poco tiempo una amplia influencia electoral y militante. Sin embargo,

al poco del asesinato de Jaurès, la SFIO, como gran parte de los partidos socialistas de la Segunda Internacional, abandona los principios del internacionalismo y el pacifismo, renuncia a la lucha de clases, acepta la causa nacional como justificación para entrar en guerra y, en pro de la "Unión Sagrada", colabora con los gobiernos de signo burgués. Este cambio defendido entre otros por Albert Thomas es aprobado al inicio del conflicto bélico por la mayoría de la militancia y solo una minoría, representada entre otros por Jean Longuet,⁶ seguirá defendiendo la necesidad de una paz inmediata. Esta posición, con la que Thomas está en total desacuerdo, durante el transcurso de la guerra acrecentará su peso en el interior del partido socialista y llevará a que este proyecte intervenir, durante el verano de 1917, en una posible conferencia de Estocolmo en la que deberían participar los partidos europeos de los países contendientes. Frente a estas iniciativas, Albert Thomas se muestra en desacuerdo y defiende una política de "guerra justa para una paz justa sin anexiones ni contribuciones". La revolución bolchevique va a acentuar el crecimiento de la izquierda más revolucionaria y probolchevique en el partido, suscitando de más en más simpatía y adhesión. Es en el contexto de esta situación de desgarramiento y enfrentamiento en el interior del partido socialista francés –desgarro y enfrentamiento que darán lugar tras el congreso de Tours en 1920 a la fundación del Partido Comunista Francés– donde hay que situar lo que estas *Cartas desde la revolución bolchevique* vienen a significar. No en vano son las tensiones que en el interior del socialismo francés crea el conflicto bélico e intensifican las convulsiones revolucionarias en Rusia las que impulsan a Albert Thomas a montar oficiosamente una red de corresponsales –Eugène Petit, Jacques Sadoul, Pierre Pascal– que le proporcionen información privilegiada sobre aquellos sucesos que tienen o pueden tener incidencia sobre las líneas de actuación de su partido.

Pero Jacques Sadoul no se va a conformar con cumplir el papel de "correvedile" para el que Albert Thomas parece haberle designado. Hijo de un magistrado, Jacques Sadoul Numa nace en París el 22 de mayo de 1881. En sus años de estudiante universitario crea, junto con su condiscípulo Marcel Cachin, futuro cofundador del Partido Comunista Francés, un grupo de estudios sobre marxismo y socialismo. Licenciado en derecho por la Sorbona, trabaja durante algún tiempo como abogado del estado en las cortes de apelación de París y Poitiers. Afiliado desde 1905 a la SFIO, va a desempeñar puestos de relevancia tanto en el partido como en el sindicato socialista. Al estallar la Primera Guerra Mundial y surgir en el interior de los partidos de la Segunda Internacional las tensiones provocadas por las distintas posturas respecto a la aprobación de los presupuestos de guerra, se mantuvo en posiciones de centro aunque simpatizaba con el ala de izquierda o internacionalista que apoyaría en 1915 la conferencia de Zimmerland⁷ y en 1917 el proyecto de la conferencia de Estocolmo⁸ en busca de una paz entre las fuerzas contendientes. En 1916, su compañero de partido y amigo Albert Thomas, ministro de Armamento, lo nombra secretario adjunto de Estado de Artillería y cuando en septiembre de 1917 los socialistas abandonan el gobierno, consigue que su sucesor, Louis Loucheur, lo asigne a la misión militar francesa en Petrogrado, adonde llega a finales de septiembre de 1917 para por esas fechas comenzar su correspondencia con Albert Thomas.

También esta semblanza, al menos hasta llegar aquí, parece corresponder al arquetipo de diligente funcionario al servicio de los intereses de la patria y de su partido. Pero si avanzamos en su trayectoria biográfica e ideológica nos vamos a encontrar, como consecuencia de las circunstancias que dan lugar y ocasión a la edición de este libro, con un personaje digno de una novela de Graham Greene o John Le Carré, con una historia "llena de ruido y de furia" y con